



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirector: Angel Gorri. Redactor Jefe: Santiago Mendive. Digital: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Opinión: José Javier Rueda.

Política: Mónica Fuentes. Economía: Luis Humberto Menéndez. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
 Imprime: Impresa Norte S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por Carlos Laliena Corbera

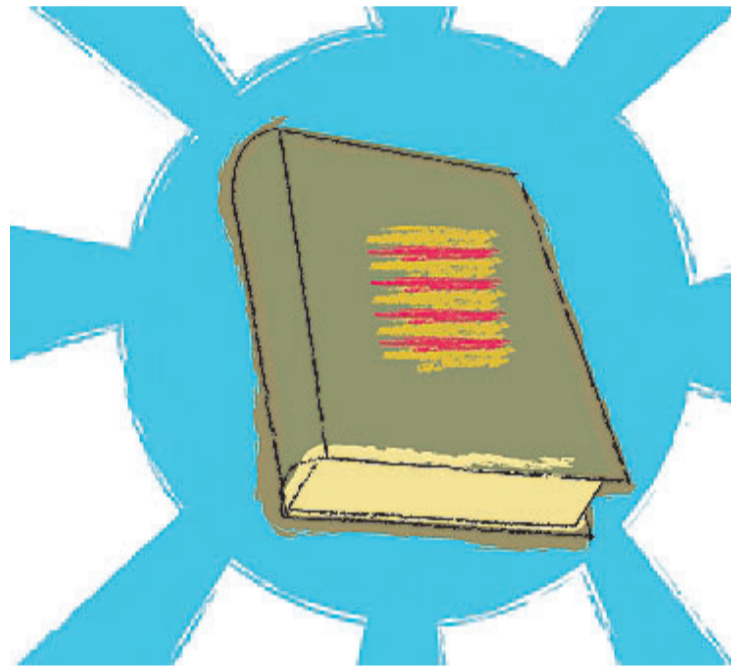
La historia de Aragón y sus problemas

Más que fijarnos en los supuestos agravios que se cometen en Cataluña respecto a la historia de Aragón, los aragoneses deberíamos potenciar y valorar el trabajo de nuestros historiadores; y conocer y contribuir a difundir nuestro rico e interesante pasado

Desde hace ya tiempo, diversos medios de comunicación aragoneses participan de la creencia, que contribuyen a divulgar, de que en los ámbitos culturales catalanes se falsea la historia de la Corona de Aragón y, por extensión, la del propio reino. No debería ser necesario decir que la historia no puede ser falseada y que lo que puede ser falso son las interpretaciones intencionadas de los historiadores o, más bien, de quienes abordan temas históricos sin la más mínima formación o conocimientos. En este sentido, no es necesario insistir en que expresiones como 'corona catalanoaragonesa' o los distintos numerales de algunos de los reyes de Aragón son convenciones que utilizan los medievalistas, como tantas otras, por razones expositivas, y que no tiene mucho sentido cargar las tintas sobre estos usos, salvo que queramos crear agravios donde no los hay, donde son menores o donde deberíamos considerarlos insignificantes.

Si estos fueran los problemas que afectan a la historia de Aragón, estaríamos de suerte, porque, en realidad, padecemos otros muchos y más graves que, sin embargo, nunca o casi nunca son dados a conocer al gran público. El que me parece fundamental es la pérdida del talento y la excelencia de los jóvenes investigadores, que se dilapidan en contratos precarios hasta que quienes padecen esta larga e incierta carrera deciden abandonarla. En cualquiera de las ramas de historia, nunca como ahora ha habido tantos jóvenes doctores con una formación espléndida que no encuentran sitio en una Universidad envejecida y que les ofrece pocas oportunidades. Y sin historiadores profesionales no habrá buena historia, ni de esta tierra ni de ninguna otra.

En segundo lugar, resulta descorazonador el escasísimo eco que los medios de comunicación ofrecen para la difusión de los ingentes logros sobre la historia de Aragón que acumulamos en los últimos treinta años. En lo que concierne al periodo medieval—donde se concentra mucho del resquemor citado—, es desolador que se siga fijando toda la atención del público en los reyes antiguos—los Ramiro, Sancho Ra-



HERALDO

mírez y demás—, mal explicados, por otra parte, y se ignore todo lo que vino después: el ingente crecimiento agrario que recorre los siglos XII y XIII y modeló los paisajes y pueblos actuales; la construcción de un estado feudal dotado de medios administrativos eficientes; la impregnación de una cultura política y jurídica mediterránea; la recuperación tras las guerras y pestes a partir de 1380, que condujo a un desarrollo económico que conectaba comercialmente Aragón con el resto de Europa, desde Alemania a Italia; la creatividad de las instituciones políticas, paralela a la del resto de los estados de la Corona; la radiante riqueza de un arte gótico que responde, entre otras cosas, a unos niveles de vida de las poblaciones aragonesas solo inferiores a los de las italianas; y la vitalidad de los grupos sociales inferiores, capaces de sobreponerse a enormes dificultades y de hacer oír sus voces quejosas ante el poder.

«En cualquiera de las ramas de historia, nunca como ahora ha habido tantos jóvenes doctores con una formación espléndida que no encuentran sitio»

Olvidar todo aquello que convierte la Edad Media en un periodo apasionante para fijarnos exclusivamente en cuestiones como las ciudades y aludir como se suele hacer en los medios genéricamente a los historiadores catalanes—la mayoría de ellos, excelentes profesionales que en absoluto pretenden hacer de menos a Aragón—, indica una falta de autoestima que deriva en un nacionalismo de agravios que, en el fondo, no oculta el desinterés por la cultura propia, la falta de iniciativas y el sentimiento de inferioridad. La historia nos proporciona importantes herramientas para conocer el pasado, entender los procesos sociales y mejorar el presente a partir de esas experiencias, pero nunca debe ser usada como arma arrojadiza.

No hay razones para que tenga que seguir siendo así. Las instituciones aragonesas cuentan con recursos para potenciar el conocimiento de una historia de Aragón que no es mejor ni peor que otras, es diferente y, eso sí, rica e interesante. Dejar atrás las quejas por los numerales de los reyes y prestar atención a cuanto se ha señalado y también a la enorme importancia de la historia moderna y contemporánea aragonesa debería curarnos de este nacionalismo provinciano.

Carlos Laliena Corbera es catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza

EN NOMBRE PROPIO

Almudena Vidorreta

Fuerza bruta

Recibo desde España una de esas fotografías que circulan por Whatsapp. Contiene un tornillo y un mensaje con voseo argentino que advierte que, en mecánica, en carpintería y en la vida, en general, si quieres construir algo sólido, hay que girar hacia la derecha y apretar fuerte. Espeluznante. No solo por pensar que la polarización dieciochesca de origen francés sirve igual para explicar nuestros resultados electorales que para el resto del mundo, sino por la demostrada ineficacia de tal posicionamiento a la hora de analizar los problemas que arrastra Latinoamérica. Así lo han puesto en evidencia los últimos sucesos de Bolivia o Chile.

El lenguaje binario, que tan lejos nos ha llevado en el mundo de la tecnología, es un código obsoleto en términos de gobierno. Y, desde luego, en política, la fuerza no debería ser un valor intrínseco. Si acaso, la fortitud tal y como la entendían los antiguos: como la fortaleza moral, la resistencia, como una de las virtudes cardinales junto con la prudencia, la justicia y la templanza. Por cierto, que le pregunten al carpintero o al mecánico si basta con la presión y el giro constante. Es una metáfora absurda. A cualquiera se le alcanza que, hasta el mejor de los tornillos, bajo presión, se puede pasar de rosca.

La fuerza bruta, si acaso, para abrir el bote de la conserva, o para ir al baño. Aunque en pañales, eso lo sabe hasta mi bebé, que aprieta los dientes y emite un sonido sordo cuando dice: mamá, caca. Para todo lo demás, fortitud.

CON DNI

Rafael Torres

El estado fallido

Sólo había una cosa en la vida que no tenía remedio, la muerte, pero luego se descubrió otra, la cuestión catalana. Y puede que no se complete con esas el desolador catálogo si, como parece, la incapacidad para formar un gobierno en España se revela también como irremediable. Dicha incapacidad no provendría tanto de la endiablada atomización política derivada de los resultados electorales, como de la absurda circunstancia de que unos cuantos partidos no quieren saber nada de España. ¿Para qué se han presentado?, cabría preguntarse. Muy sencillo: para irse. Unos más y otros menos, pero para irse, por lo que su disposición a facilitar la formación de un gobierno depende solo de que sea un gobierno que les permita irse precisamente. Ahora bien; los

que no quieren irse, principalmente los de la derecha, rivalizan con los que sí en abortar la epifanía de un gobierno. Los que se quieren ir, condicionando su apoyo a la investidura de Sánchez a lo que ni Sánchez ni ningún otro presidente les puede dar, y los otros, abonados al cuanto peor para Sánchez mejor para ellos, mientras ceban al monstruo de la ultraderecha, compiten en desastrear la vida política de la nación.

Es curioso que se hable tanto de diálogo en el país que ignora en qué consiste. Los secesionistas creen que el diálogo solo sirve para que se les deje secesionar, y a los partidos de derechas les llega con el diálogo para besugos que proponen, consistente en que Sánchez se vaya y que el PSOE quede como una franquicia, bien que algo progre, de la reacción. El fantasma del estado fallido, que es como presentan a España los secesionistas en sus 'fakes', deambula entre nosotros.